

TABLAS Y PANTALLA *Rep 7/51*

Presencia de Caruso en La Habana

Por J. M. Valdés-Rodríguez

En el invierno de 1919-1920 las "vacas gordas" aumentaron de grueso en manera insospechada. De siete y ocho centavos la libra, en octubre y noviembre, el azúcar saltó a 11 y 12 centavos en enero y febrero de 1920 para impulsarse sin demora a 13 y 14 en marzo y abril y llegar en mayo y junio a 18 y 19. Y, tras un leve resuello, se produjo aquella imponente cotización de 20 centavos.



VALDES RODRIGUEZ

Que Cuba vivió unos meses delirantes, desquiciados y trastornadores, se ha dicho muchas veces. Y muy bien dicho, aunque sin llegar a la creación de la obra de arte, de la obra de ficción, novela o drama, expresora de esa etapa frenética y mítica en la cual la vida alcanzó en nuestro país características fabulares y prodigiosas.

En medio de las extravagancias de los nuevos ricos; ostentosos e impertinentes, o sencillamente ingenuos y simplistas; en mitad de los graves problemas sociales, internos y externos, al inicio de aquella primera trasguerra; entre el encono político producto de la lucha civil de 1917 y la amenaza de complicaciones próximas, de la misma índole, surgió en los periódicos, en la plana social y en la crónica de teatro, una noticia promotora del entusiasmo sincero de los entendidos y del alboroto artificial y mentiroso de los rastacueros y los pseudo cultos: Enrico Caruso vendría a cantar a La Habana, en una temporada que, organizada por Bracale, tendría efecto en mayo y junio.

No creemos necesario reiterar el lugar que ocupaba Caruso en el mundo del "bel canto", sobre todo en el drama lírico, muy especialmente en lo que se llama el repertorio de batalla. Decir Caruso era, desde mediados de la primera década del siglo, equivalencia de perfección, de milagro de arte como resultado de un don natural privilegiado, verdadera maravilla, cultivado y señorizado con maestría insólita por un artista inteligente y sensible, capaz de interpretar con acaba-

da propiedad el repertorio operático usual y las obras clásicas propiamente dichas, como "Don Giovanni", o las nuevas como "Le Amore dei Tre Re", o el "Otelo", culminación, con "Falstaff", del genio lírico-dramático de Verdi.

Muchos eran los cubanos que veían a Caruso cada año en el Metropolitan. De ellos, un buen número se gastaba el lujo de oírlo un par de veces a fin de poder opinar cuando se hablara del tema. No pocos asistían con regularidad a las temporadas del Met, centro de elegancia y exclusividad. Haber oído a Caruso era, entre la gente de rango y dinero, un certificado de cultura y buen gusto, ocasión de frecuentar la platea y el famoso "diamond ring" del Metropolitan, de figurar algunas veces al año entre los famosos "cuatrocientos". Por otra, no faltaban los criollos conocedores e inteligentes, fervientes asiduos del gran centro operático, en tanto que una crecida cantidad, sin medios para viajar, adquiría los discos del genial cantante y los oía con unción y conocimiento.

Por otra parte, La Habana había sido siempre una plaza teatral, operática muy especialmente, con un amplio crédito económico y artístico. Pagaba bien La Habana, al igual que otras ciudades de Cuba, el arte bueno aquílatado en todo su valía por un público conocedor y una crítica apta. Por la capital insular y por las principales ciudades habían desfilado compañías de mérito y artistas de crédito. Unos al acabar; otros, en agraz; no pocos en plena vigencia, en el ápice de su carrera. De las figuras de gran talla lírica, sólo faltaba la de más aventajada estatura: Enrico Caruso.

Todas las circunstancias demandaban la presencia del genial tenor, posibilitada por la prolongada estancia de las vacas bíblicas áureas y abundosas en una medida jamás inimaginada por el texto sagrado. Era todo lo que necesitaba el empresario Bracale para demandarle a Caruso la palabra empeñada 30 años antes, a la vera de la Pirámides. Y la temporada quedó organizada, con un elenco integrado por figura de excepción, como María Barrientos, Strachiani, Carmen Melis, Gabriela Besanzoni, la Esco-

2

bar.

Y los precios estuvieron de acuerdo con tales circunstancias. Decenas de dólares por las lunetas; varios cientos y aún miles por grillés y palcos; altas cifras, sin precedente, por tertulia y cazuela. Y el teatro vendido por entero con anticipación insólita.

La llegada de Caruso a La Habana fué todo un acontecimiento; su primera presentación, un magno suceso social, un impar episodio de arte.

El encontrar aquí numerosas amistades hechas en New York, como Pelayo García Santiago, Raúlín Cabrera, Fabián García Montero, Conrado Massaguer y otros muchos, más la acogida entusiasta de artistas, y escritores y la recepción cordial de la sociedad habanera, sumados al fervor de los "dilettanti" de todas las clases sociales y, sobre todo, al aura popular de que estuvo rodeado desde el principio, lo hicieron sentirse como en su propia tierra.

En carta a su esposa dice:... "La Habana se parece a Nápoles; vieja, pero con un carácter especial porque las construcciones tienen portal como protección del sol". Un par de días, más tarde, dice: ... "parezco caerle en gracia al público..." "Los periódicos están llenos de noticias sobre mí..." "Las gentes que me encuentran, en mis breves incursiones por las calles, me saludan y sonríen sin conocerme..." "Y todos son cordiales y amistosos para conmigo, haciéndome objeto de incontables invitaciones..."

En los ensayos; en su relación con las gentes de diversa condición y carácter; en la calle, en los clubs y residencias; en su visita y actuación en ciudades de Cuba, Caruso tuvo numerosos incidentes dignos de mención. En próxima nota nos ocuparemos de ello. Ahora sólo diremos que esa visita de Caruso a La Habana, un año antes de su muerte, presta indisputable interés al film "El

Gran Caruso" cuyo estreno está relacionado con la Beca Mario Lanza costeada por la Metro Goldwyn Mayer, la Coca-Cola y la Pan American Airways para que un joven hispanoamericano estudie el "bel canto" en Italia.

M, Sep 7/51



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA